

Alejandro Vázquez A.

Los Poemas de la Maternidad

VISIÓN

EN las grandes ciudades,
hay siempre coches miserables
a la puerta de las maternidades.

Nadie sabe de dónde vienen
con sus cargas misteriosas,
eternizados, esperando,
semejan brujas licenciosas.

• • •

Los vientres curvos,
convulsos de energía de siglos,
estuches del deseo hecho vida
ofrecen su martirio.

Estas madres humildes
de la miseria y el pecado
caminan agobiadas.

ocultando bajo el manto
las lágrimas de algún amor desconsolado.
¡Pobres mujeres que no saben
si llevan palpitando en sus entrañas
a un asesino o a un artista!
¡Barcas negras sin destino,
ricas de un oro misterioso!

El amor que bendijo sus vientres
—nube de espasmos inmortales—
se sublimiza en lo inconsciente
hasta el dolor de hacerlas madres.

Yo las he visto sobre los lechos propicios
de las maternidades, en el momento único,
transfiguradas, bellas como símbolos,
dolientes y temblorosas,
hiriendo al aire con sus gritos,
canto del misterio eterno
que es un jirón de infinito!

Y he discurrido entre los lechos ásperos
de las novicias trémulas, que aguardan
la hora de la tortura misteriosa
avergonzadas, como colegialas.

Náufragas en la sala sórdida,
entre mujeres indiferentes, sin ternura,
cuya alma es como un fórceps,
las primerizas desnudas
son como un nudo de angustias!

¡Oh! yo hubiera querido tener entre mis manos,
para dejarla entre ellas, mi doliente ternura,
porque mi voz temblaba de temor y de pena,
entre sus rostros envejecidos, espesados de dudas.

Luego he pasado por entre las que tienen
al lado a su recién nacido,
cuyas miradas húmedas, están oblicuas
de tanto mirarlo como a un tesoro aparecido.

Por entre las que ya han olvidado
el fragoroso recuerdo
para gastar sus voces débiles
en canciones de cuna para el tierno
capullito de rosa de su ensueño.

¡Ah, sin descanso, madres, vigilad el retoño
que duerme, tened la mano junto al corazoncito
enloquecido, no vaya a ser que el sueño se eternice;
no se vaya a quedar para siempre dormido!

EL RECIÉN NACIDO

Tengo en mis manos al recién nacido,
¡no pesaría más un puñado de rosas!

Sus manitos de seda
que no han tocado nada,
limpias del bien y del mal,
arañan el aire, desorientadas.

¡Oh, qué hermoso parece
y qué emoción me infiltra,
profunda y nueva, como un llanto,
desconcertante, como la muerte!

¡Tengo en mis manos al recién nacido,
frágil como un botón amanecido!

Sangre nueva que tiembla
ingenua y pura como una estrella:
este pequeño ser,
es para mí el misterio absoluto,
embrión de drama, promesa y fruto
que ha de gozar y padecer.

Escucho su llanto,
que es como un canto de pájaro,
y me parece alegre y fresco
como la voz de un surtidor,
que después de un eterno silencio
hubiera llegado a nosotros
envuelto en un rayo de sol.
Llanto que es himno de ternura
desconocido y profundo,
esperado y presentido
como desde el infinito.

¡Oh, la emoción bendita
del primer llanto del recién nacido!

Lo tengo entre mis manos
y es tan suave y liviano,
que me da miedo acariciarlo
como a un capullo, por no deshojarlo!

¡Con qué placer seguiría yo el curso
de esta vida iniciada hace un momento,
de esta anónima fuente de amor
no salpicada aún por los venenos
de la miseria y la desolación!

Siento nacer en mí una potente
ansia de protección para esta suave
almita que nació desamparada;
y pienso en la emoción que tendré un día,
cuando entre mis manos temblorosas,
como a un Dios diminuto y sonrosado,
de un hijo mío,
levante el cuerpecito perfumado!

¡Entre mis brazos, el recién nacido,
muy suavemente, se quedó dormido!

ALEJANDRO VAZQUEZ A.

Maternidad del Hospital de San Borja,
1919.